que designemos será digna hermana de las anteriores.

Volvamos la hoja.

"Al viento tendida negra cabellera
batiendo á los aires, rugiendo al pasar
su fúnebre manto, cubierto de espanto;
teñido de sangre mirose flotar.

Aquí tienen U. U., señores, sin ninguna preparación, una cabellera negra que, teñida, bate los aires y ruge al pasar.

Lo trascribimos al señor Ministro de Hacienda para que á cualquier precio la compre y obsequie con ella nuestro Museo, pues es cosa nunca vista.

¿Dónde se mete el señor Juez del Crímen? ¿Porqué no hace descolgar ese manto cubierto de espanto y teñido de sangre, que está flotando en el aire, batido por la negra cabellera, que, tendida al viento, ruge al pasar?

¿Pues no comprende U. que esa sangre significa algo y muy malo de seguro?

Veamos.—¿Cómo se explica U. de otro modo que pasará el manto cubierto de espanto?—De donde nace ese espanto?—He ahí lo que á don Camilo toca averiguar.

. . . . . .

. . . . . .

Ya ve U. que nos sobra razón?—¡Si ese manto cubierto de espanto y teñido de sangre debería necesariamente ocultar algún crímen!

—Y no uno, muchos.

—¿Qué me cuenta U., don Camilo?

—Lo que oye.

—Con que muchos, ¿eh?

—Juzgue U. por la sumaria.

—¡¡¡Qué horror!!!

«Asesinato premeditado y alevoso contra las musas. Idem, idem, contra el sentido comun.»

Profanación de cementerios.

Falso testimonio levantado al señor manto, por lo de «cubierto de espanto.»

Violación de las señoras Retórica y Poética & &.&

¡Jesús!!

Dejemos pues al hombre de las efes en manos de la justicia, y volvamos nosotros á cargar con la cruz.

"Tres golpes dió con furor
sobre la mesa el anciano
y resonó en derredor
como signo aterrador
de algún insondable arcano."

Pero, ¡por amor de Dios! ¿No dice U. que fueron tres los golpes?, ¿no le parece que ese *resonó*, refiriéndose á golpes, es un disparate de á folio?;—Resonaron, hombre, resonaron.

"De entre la tumba *sombría*
tres *sombras* se separaron
y de la alta graderia
que en torno al salón había
tres esqueletos bajaron."

A renglón seguido sombría y sombra.—¡Cómo se conoce que esta elegía está hecha con badajo de campana!

¡Qué *asombrosas* disposiciones tiene U. para hacer malos versos!

"Tres vueltas en torno dieron
de aquel fúnebre ataúd
y acabado las volvieron
al lugar de do partieron
con *pausada lentitud*."

¡Oh pleonasmo piramidal!

¡Pausada lentitud!

¡Rápida ligereza, ciego sin vista, sordo que no oye, mudo que no habla, pausada lentitud; disparate ferracino. Sólo á U. pueden ocurrírsele esas cosas; digo, esos pleonasmos.

En cuanto á los tres golpes, tres sombras, tres esqueletos y tres vueltas, que encaja U. en sus *tres* quintillas, nos hacen recordar aquello de:

Tres eran, tres eran las hijas de Elcue,
Tres eran, tres eran; ninguna era buena.

Se conoce que estaba U. *de leche*, como dicen los tahures, al escribir esas quintillas;—esas quintillas, que, como la Santísima Trinidad, se componen de tres personas distintas, y en el fondo, (me refiero á sus quintillas) no hay más que un mamarracho verdadero.

Si Ferraz viviera en España sería un Marín; en Colombia, un Constancio Franco ó un Padre Guzmán; en Nicaragua, un Procopio Vado; en Honduras, un Manuel Sevilla; en Guatemala un Colombo ó un Barberena, pero vive aquí, y aquí es un Ferraz. (1)

Basta ya por hoy.

«MUERTOS EN PAZ ETERNA DESCANSAD.»

Este es el último de los 898 versos de que consta la elegía, y para bien del autor y de las musas y de nosotros debió ser el primero y el único.

BIBLIOTECA NACIONAL COSTA RICA

ECHEVERRIA.

Para siniestra, un botón.

VADO.

Yo soy el pat[illegible] del lago,
que nado desde [illegible]
Nado, nado, nado [illegible]
viene el lagarto, me [illegible] salgo corriendo.

SEVILLA.

¿No es la mujer la madre del hombre,
y el hombre el padre de la mujer?
¿Porqué la mujer es hija del hombre,
y el hombre el hijo de la mujer?
Ayúdenmela á co[illegible]

FRANCO.

Ya llegó la Cavaletti,
admirable cantatriz
Pronto vendrá la Patti,
admirable bailatriz,
y todos seremos feliz.

JAVIER COLOMBO.

Que te casases con ella
quería la vil fantasma.
no es tan bella para tal acto.
¡Me pasma!
Muy pronto tendrán por hijo
el gusano que Dios dijo.

BARBERENA.

Y por tener dos oficios
Fuiste también tejedor,
y con las manos teñidas
diste el alma á tu Creador.
Descanse en paz [illegible] amado
José Ana Cleto Calderón.

(1) No recordamos ninguna estrofa del Padre Guzmán, pero basta para formar una idea de sus alcances literarios el título con que bautisa una de sus obras: "La Altura y su Caída."

Donde se prueba la necesidad de concluir pronto el edificio para que fué permitida la Loteria.

¡Ay, señor don Alejo de mi ánima! Pese á mi desgracia el habérseme ocurrido mandar publicar en el periódico «La Prensa Libre» un aviso en que ofrecía mis servicios como médico alienista.

Lo que me aconteció en la oficina de la «Empresa Tipográfica,» merece escribirse en letras de oro, para robar al olvido tal suceso ¡tan notable! Disimule que en mal castellano y peor prosa se lo refiera.

Ha de saber Ud. que para que mi desventura fuera completa, tocome hablar con el señor Redactor en jefe del citado periódico en una situación de las peores. ¡Cómo estaba el infeliz! Yo ignoraba que don Juan estuviera cojo del sentido y que sus accesos, aunque variados en la forma, siempre desarrollaban por figurarse—¡pásmese Alejo amigo! que era caballero andante, enderezador de entuertos y cerebro y vida de la política Rodriguezca.

Por dicha mía el segundo administrador estaba en la misma oficina cuando yo llegué con el tantas veces repetido aviso; y al principiar con la frase de estilo:

«Buenos días señor don Juan . . . . » se me pone el hombre de pie, ¡pero en qué facha! La una pierna del pantalón, rota desde muy arriba, la otra cortada dedos abajo de la rodilla; desnudo de pecho y espaldas; los cabellos *encrespados*; un componedor en la mano izquierda, rollo de pruebas en la diestra mano, y para que más me ardiera, descalzo, con guantes y sin anteojos.

—Bien venido á este Castillo, señor caballero andante,—me dijo;—pero tenéis que saber y confesar que no hay fermosura como la de don José, y de no, tenéis que entrar en fiera y descomunal batalla conmigo, *el caballero del tan tan*, que hoy se llama *el caballeros de los institutos*.

—¡Qué caballero ni que canillas de muerto—interrumpió Murillo,—tómese esta cucharada de bromuro y vamos á que repose un rato.

—Aquí no hay bromuro ni bromurotes. ¡Qué poco sabes, Murillón amigo, de achaques de caballería.—Calla y ten paciencia, que día vendrá en que veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es ser caballero andante.

—Vuelvo en su juicio, señor don Juan, [illegible] no hay entuertos que enderezar: el señor no es caballero andante sino un buen médico y mejor amigo. ¡Desdichado de mí! Bien me lo decían: «no aceptes ese puesto de segundo administrador de aquel endiablado periódico, que Dios confunda:—Mira que don Juan es loco rematado.» ¡Pecador soy yo á Dios.

En estos coloquios iban don Juan y Murillo cuando al través de los vidrios de la ventana vió don Juan que por la calle venían á nosotros una grande partida de ovejas procedentes de Rancho Redondo, y en viéndolas, volvióse á mí y me dijo: este es el día, caballero de la Ardiente Espada, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardada la suerte, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Veis ese ejército que se compone de diversas é innumerables gentes que allí vienen marchando? Pero salgamos á la puerta y estadme atento, y mirad que os quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en ese ejército vienen.

Aquel caballero de las armas jaldes, que trae en el escudo una botella, es el valeroso Florentino, Señor del mayorazgo de San Carlos. El otro de las armas en forma de semifusas, que traé en el escudo una lira de oro, es el temido Cenoncolembro, Gran Duque de Virgópolis. El otro de los miembros gigantezcos que está á su derecha mano, es el nunca medroso don Félix Brandabarán de Boliche, Señor de la ínsula Dominicana, que viene armado de aquella pluma y tiene por escudo un expediente que, según es fama, es copia del célebre pleito de Judas Corrales.

Pero volved los ojos á esa otra parte y veréis delante y en lo frente de otro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Renato de la Harinilla, príncipe portugués de la Victoria, que trae por escudo una muela de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.